

El pantano de la Luna *(The Moon-Bog)*

Hacia algún lugar —desconozco a qué región lejana y temible— partió Denys Barry. Estuve con él la última noche que vivió entre los hombres, y oí sus gritos cuando la cosa llegó hasta él; pero ni los campesinos ni la policía del Condado de Meath pudieron encontrarlo, ni a él ni a los otros, a pesar de que buscaron mucho y a fondo. Y ahora me estremezco cuando oigo croar a las ranas en los pantanos, o veo la luna en lugares solitarios.

Conocí a Denys Barry en Norteamérica, donde se volvió rico, y lo felicité cuando volvió a comprar el antiguo castillo junto al pantano en el soñoliento Kilderry. De allí procedía su padre, y era allí donde quería disfrutar de su riqueza entre escenas ancestrales. Hombres de su sangre habían gobernado Kilderry una vez, construyeron el castillo y vivieron en él; pero esos días eran ya muy remotos, con lo que por generaciones el castillo había estado deshabitado y

en decadencia. Tras su ida a Irlanda Barry me escribió a menudo, contándome cómo bajo sus cuidados el grisáceo castillo recobraba, torre por torre, su antiguo esplendor, cómo la hiedra trepaba lentamente sobre los muros restaurados tal como había trepado hacía muchos siglos, y cómo los campesinos lo bendecían por renovar los viejos tiempos con su oro procedente del otro lado del mar. Pero después surgieron problemas, y los campesinos dejaron de bendecirlo, y huyeron como de una maldición. Y entonces me envió una carta pidiéndome que lo visitara, pues se encontraba solo en el castillo y no tenía nadie con quien hablar aparte de los nuevos criados y jornaleros que había traído del norte.

El pantano era la causa de todas estas dificultades, tal como me dijo Barry la noche que llegué al castillo. Llegué a Kilderry en un crepúsculo veraniego, cuando el dorado color del cielo iluminaba el verde de las colinas y bosques y el azul del pantano, donde en un islote lejano brillaba espectralmente una ruina antigua y extraña. Aquel crepúsculo era muy hermoso, pero los campesinos de Ballylough me previnieron contra él, y me dijeron que Kilderry había sido maldecido, de modo que casi me estremecí al ver las altas torrecillas del castillo doradas por el fuego del sol. El automóvil de Barry fue a buscarme a la estación de Ballylough, pues Kilderry está apartado de la línea férrea. Los aldeanos rehuyeron del coche y del chofer procedente del norte, pero me miraron con rostros súbitamente pálidos cuando vieron que yo iba a Kilderry. Y aquella noche, después de nuestro reencuentro, Barry me explicó la razón.

Los campesinos habían huido de Kilderry porque Denys Barry quería desecar el gran pantano. A pesar de todo su amor hacia Irlanda, Norteamérica no había dejado de influenciarlo, y odiaba el hermoso espacio inútil donde se podía extraer la turba y cultivar la tierra. Las leyendas y supersticiones de Kilderry no lo hicieron cambiar de opinión, y se rió cuando los campesinos primero se negaron a ayudarlo, y luego lo maldijeron y se marcharon a Ballylough con sus escasas pertenencias al ver su determinación. En su lugar contrató a jornaleros del norte, y cuando los criados se fueron hizo lo mismo. Pero se encontraba solo entre tantos forasteros, así que Barry me pidió que acudiera.

Cuando me enteré de los temores que habían asustado a los habitantes de Kilderry, me reí tanto como mi amigo, pues estos temores eran de lo más imprecisos, extravagantes y absurdos. Se debían a una ridícula leyenda del pantano y a un lúgubre espíritu guardián que habitaba las extrañas ruinas antiguas del islote que había visto en el crepúsculo. Había relatos de luces que danzaban en la oscuridad de la luna, y de vientos helados cuando la noche era cálida; de blancos espectros que se cernían sobre las aguas, y de una supuesta ciudad de piedra que reposaba bajo la pantanosa superficie. Pero por encima de todas estas fantásticas suposiciones, y sola en su absoluta unanimidad, estaba la de una maldición que aguardaba a todo el que osara tocar o desecar la vasta ciénaga rojiza. Había secretos, decían los campesinos, que no debían ser descubiertos; secretos que habían permanecido ocultos desde que la

plaga se llevó a los niños de Partholan en los fabulosos años más allá de la historia. En el *Libro de los invasores* se cuenta que estos hijos de los griegos fueron todos enterrados en Tallaght, pero los ancianos de Kilderry dicen que una ciudad fue pasada por alto, salvada por su patrona, la diosa luna; de modo que sólo las frondosas colinas la enterraron cuando los hombres de Nemed llegaron desde Escitia en sus treinta naves.

Éstas eran las absurdas fantasías que habían impulsado a los campesinos a abandonar Kilderry, y cuando las conocí no me extrañó que Denys Barry se hubiera negado a escucharlas. Sin embargo, se interesaba muchísimo por las antigüedades, y me propuso explorar minuciosamente el pantano cuando lo drenaran. Había visitado muy a menudo las blancas ruinas del islote, pero aunque eran realmente muy antiguas, y su contorno muy poco parecido al de la mayor parte de las ruinas irlandesas, estaban demasiado arruinadas como para saber a qué época pertenecían. Ahora los trabajos de drenaje estaban a punto de comenzar, y los jornaleros del norte no tardarían en despojar al pantano prohibido de su verde musgo y los rojos brezos, y matar los diminutos riachuelos pavimentados de conchas y los tranquilos charcos azules bordeados de matorrales.

Una vez Barry me hubo contado estas cosas me sentí muy cansado, pues el viaje había resultado agotador y mi anfitrión habló hasta altas horas de la noche. Un criado me mostró mi habitación, que estaba en una remota torre con vista al pueblo, a la llanura que había a la orilla

del pantano y al mismo pantano; así que podía ver desde mis ventanas, y a la luz de la luna, los silenciosos techos que los campesinos habían abandonado y que ahora habitaban los jornaleros procedentes del norte; y, además, la iglesia parroquial con su antiguo campanario y, mucho más allá del lúgubre pantano, las remotas y extrañas ruinas del islote con su brillo blanquecino y espectral. Acababa de dormirme cuando me pareció oír débiles sonidos muy lejanos; sonidos que eran desbordantes y semimusicales, y me agitaron con una misteriosa emoción que coloreó mis sueños. Pero cuando me desperté a la mañana siguiente creí que todo fue un sueño, pues las visiones que había presenciado eran más maravillosas que cualquier sonido de bulliciosas flautas nocturnas. Influenciado por las leyendas que Barry había relatado, mi mente había flotado en sueños por una majestuosa ciudad en un verde valle, donde las calles y estatuas de mármol, las villas y los templos, las esculturas e inscripciones, todo hablaba en cierto modo de la gloria que conociera Grecia. Cuando le conté mi sueño a Barry, los dos nos echamos a reír; pero yo reí con más fuerza, porque él estaba inquieto por sus jornaleros del norte. Por sexta vez consecutiva todos ellos se habían despertado más tarde que de costumbre, andando lenta y atolondradamente, y actuando como si no hubieran descansado, a pesar de que era sabido que todos se habían acostado muy temprano la noche anterior.

Durante toda la mañana y la tarde de aquel día estuve paseando solo por el pueblo orlado por el sol y charlé aquí y allá con los jornaleros que estaban descansando, pues Barry se

hallaba ocupado con los últimos detalles de los trabajos de desecación. Los jornaleros no estaban tan contentos como era de suponer, pues muchos de ellos se mostraban inquietos por un sueño que decían haber tenido y que trataban en vano de recordar. Les conté el mío, pero no se mostraron interesados hasta que les hablé de los misteriosos sonidos que había creído oír. Entonces me miraron de forma extraña y me dijeron que a ellos también les había parecido oír sonidos misteriosos

Por la noche Barry comió conmigo y me anunció que los trabajos de desecación se iniciarían al cabo de dos días. Yo me alegré, pues, aunque no me gustaba que desaparecieran el musgo, los brezos, los riachuelos y los lagos, experimentaba el creciente deseo de ver los antiguos secretos que la turba sumergida podía ocultar. Y aquella noche mis sueños de flautas y peristilos de mármol tuvieron un súbito e inquietante final; porque vi que sobre la ciudad del valle descendía la peste, y luego una terrible avalancha de frondosa vegetación que cubrió los cadáveres de las calles y sólo dejó al descubierto el templo de Artemisa en la cumbre más alta, donde la anciana sacerdotisa de la luna, Cleis, reposaba fría y silenciosa con una corona de marfil sobre su cabeza plateada.

He dicho que me desperté súbitamente y alarmado. Durante un rato no habría podido decir si estaba despierto o dormido, pues el sonido de las flautas aún sonaba estridentemente en mis oídos; pero cuando vi en el suelo los helados rayos de luna y el contorno enrejado de la

ventana gótica, llegué a la conclusión de que estaba despierto y en el castillo de Kilderry. Entonces oí que un reloj en algún remoto lugar del piso inferior daba las dos, y supe que estaba despierto. Sin embargo, seguía oyendo el monótono y distante silbido; una misteriosa y extraña melodía que me hizo pensar en alguna danza de faunos en la lejana Mænalus. Eso me impidió seguir durmiendo y, dominado por la impaciencia, salté de la cama y empecé a pasear por la habitación. Sólo por casualidad me acerqué a la ventana que daba al norte y contemplé la silenciosa aldea y la llanura que se extendía al borde del pantano. No tenía ganas de mirar el paisaje, pues quería dormir; pero las flautas me atormentaban, y tenía que hacer o mirar alguna cosa. ¿Cómo iba a sospechar lo que estaba a punto de presenciar?

Allí, bajo la luz de la luna que iluminaba la dilatada llanura, se desarrollaba un espectáculo que ningún mortal que lo haya visto podría olvidarlo jamás. Al compás de las estridentes flautas que resonaban sobre el pantano, se deslizaba silenciosa y fantasmagóricamente una heterogénea multitud de oscilantes figuras, ejecutando un baile como el que los sicilianos debían ofrecer a Deméter en la antigüedad, bajo la luna de la cosecha, junto al Ciane. La amplia llanura, la dorada luz lunar, las borrosas figuras en movimiento, y sobre todo el monótono y chillón sonido de las flautas, producían un efecto que casi me paralizó; sin embargo noté, en medio del temor que sentía, que la mitad de aquellos inagotables y mecánicos danzarines eran los trabajadores a los que yo había creído dormidos, mientras que la otra mitad

la constituían extraños seres etéreos vestidos de blanco, de naturaleza indeterminada, pero que sugerían ser pálidas y melancólicas náyades de las embrujadas fuentes del pantano. No sé durante cuánto tiempo contemplé esta escena desde la solitaria ventana del torreón antes de caer súbitamente en un desmayo, del cual me despertó el alto sol de la mañana.

Mi primer impulso al despertarme fue comunicar todos mis temores y observaciones a Denys Barry, pero al ver los rayos de sol a través de la celosía de la ventana que daba al este me convencí de que no había realidad alguna en lo que me pareció ver. Soy dado a ver extrañas fantasmagorías, pero nunca he sido tan débil como para creer en ellas; así que en esta ocasión me contenté con interrogar a los jornaleros, que durmieron hasta muy tarde y no recordaban nada de la noche anterior a excepción de unos confusos sueños acerca de estridentes sonidos. Este tema de las espectrales flautas me atormentaba mucho, y me pregunté si los grillos de otoño habrían llegado antes de tiempo para cantar de noche y embrujar las visiones de los hombres. Más tarde vi a Barry en la biblioteca, examinando los planos para el gran trabajo que debía comenzar al día siguiente, y por primera vez sentí una punzada del mismo miedo que había hecho huir a los campesinos. Por alguna razón desconocida, me asustaba la idea de perturbar el antiguo pantano y sus secretos umbríos, y me imaginaba terribles visiones ocultas debajo de las enormes profundidades de antiquísima turba. Que esos secretos fueran sacados a la luz parecía una imprudencia, y empecé a buscar una excusa que me permitiera abandonar

el castillo y la aldea. Llegué hasta el punto de hablar casualmente con Barry sobre el asunto, pero no me atreví a continuar después de oír sus resonantes carcajadas. Así que yo guardaba silencio cuando el sol se escondió majestuosamente tras las lejanas colinas y Kilderry ardió en una llama roja y dorada que parecía un augurio.

Si los acontecimientos de aquella noche fueron realidad o una ilusión no lo sabré nunca con certeza. Evidentemente, superan todo lo que soñamos acerca de la naturaleza y el universo; sin embargo, no encuentro un modo normal para explicar aquellas desapariciones que todo el mundo conoció una vez que todo hubo terminado. Me retiré temprano y lleno de miedo, y estuve largo rato sin poder dormir en el misterioso silencio del torreón. Estaba muy oscuro pues, aunque el cielo estaba despejado, la luna se hallaba en cuarto menguante y no se levantaría hasta las primeras horas de la madrugada. Mientras permanecía allí tendido pensé en Denys Barry y en lo que iba a ocurrirle al pantano cuando llegara el nuevo día, y me encontré con el casi frenético impulso de salir corriendo en la oscuridad, subir al auto de Barry y conducir a toda velocidad hasta Ballylough para alejarme de las tierras amenazadas. Pero antes de que mis temores cristalizaran en acción me quedé dormido, y contemplé en sueños la ciudad del valle, fría y muerta bajo un velo de espantosa sombra.

Probablemente fue el estridente sonido de las flautas lo que me despertó, aunque no fue eso lo primero que percibí al abrir los ojos. Me hallaba acostado de espaldas a la ventana que daba

al este y al pantano donde se alzaría la luna, y por lo tanto esperaba ver luz en la pared de enfrente pero no como la que había en ese momento. La luz iluminaba realmente aquella pared, pero no era la luz de la luna. Terrible y penetrante era el rayo de fulgor rojizo que entraba por la ventana gótica, y todo la habitación brillaba con un esplendor intenso y sobrenatural. Mi reacción inmediata fue muy peculiar para una situación así, pero sólo ocurre en los cuentos que el hombre hace lo previsto y más dramático. En vez de mirar hacia el pantano a fin de descubrir la fuente de la nueva luz, mantuve los ojos cobardemente apartados de la ventana y me vestí torpemente con la atolondrada idea de escapar. Recuerdo que tomé el revólver y el sombrero, pero antes de que pudiera darme cuenta los había perdido, sin disparar el uno y sin ponerme el otro. Al cabo de un rato, la fascinación del fulgor rojo sobrepasó mis temores, me acerqué sigilosamente a la ventana del este y miré al exterior mientras el enloquecedor e incesante sonido de las flautas aullaba y resonaba en el castillo y toda la aldea.

Sobre el pantano había un torrente de resplandeciente luz, escarlata y siniestra, que procedía de las extrañas y viejas ruinas enclavadas en la isla. No puedo describir su aspecto: debía de estar loco, pues me pareció que se erguían majestuosas y en todo su esplendor, magníficas y rodeadas de columnas, mientras que el mármol de su entablamiento que reflejaba las llamas atravesaba el cielo como el ápice de un templo en la cima de una montaña. Las flautas chillaban y los tambores empezaron a retumbar y, mientras yo observaba con

estupefacción y horror, me pareció ver unas oscuras figuras saltarinas grotescamente recordadas contra la visión de mármol y resplandor. El efecto era titánico —completamente inconcebible— y me hubiera quedado mirando indefinidamente si el sonido de las flautas no se hubiera hecho más intenso hacia mi izquierda. Temblando con un horror extrañamente mezclado con éxtasis, atravesé la habitación circular hasta la ventana que daba al norte y desde la cual se dominaba el pueblo y la llanura que se extendía al borde del pantano. Allí mis ojos volvieron a dilatarse con una estupefacción tan grande como si no acabase de presenciar una escena fuera de los límites de la naturaleza, pues en la llanura lívidamente iluminada de rojo se movía una procesión de seres tales como nadie había visto antes, salvo en las pesadillas.

Medio deslizándose, medio flotando en el aire, los espectros del pantano vestidos de blanco retrocedían lentamente hacia las aguas inmóviles y las ruinas del islote en fantásticas formaciones que sugerían algún antiguo y solemne baile ceremonial. Sus ondulantes brazos traslúcidos, guiados por el detestable sonido de aquellas invisibles flautas, le hacían señas con extraño ritmo a un tambaleante grupo de jornaleros que los siguieron sin vacilar, con pasos ciegos, involuntarios y torpes, como arrastrados por una desmañada aunque irresistible voluntad demoníaca. Cuando las náyades se acercaron al pantano, sin alterar su curso, una nueva hilera bamboleante zigzagueó ebriamente a los tropezones desde el castillo por alguna puerta que quedaba más allá de mi ventana, atravesó a tientas el patio y un extremo de la aldea, y se

unió a la tambaleante columna de trabajadores en la llanura. A pesar de la distancia, en seguida me di cuenta de que eran los criados procedentes del norte, pues reconocí la gruesa y desagradable silueta de la cocinera, cuya misma ridiculez se había vuelto algo terriblemente trágico. Las flautas aullaban ruidosamente, y volví a escuchar el batir de tambores en dirección a las ruinas del islote. Entonces, silenciosa y graciosamente, las náyades llegaron al agua y se fundieron una a una en el antiguo pantano, mientras la hilera de seguidores, sin alterar su velocidad, chapotearon torpemente detrás de ellas y se desvanecieron en medio de un minúsculo torbellino de malsanas burbujas que yo apenas pude ver a la luz escarlata. Y cuando el último de los patéticos rezagados, la gorda cocinera, se hundió pesadamente en el tétrico estanque, las flautas y los tambores se callaron, y los rojos rayos enceguedores procedentes de las ruinas se apagaron instantáneamente, dejando al pueblo maldito solitario y desolado bajo los débiles rayos de la luna recién salida.

Mi estado era para entonces un caos indescriptible. No sabiendo si estaba loco, cuerdo, dormido o despierto, me salvé sólo gracias a un misericordioso entorpecimiento. Creo que hice cosas tan ridículas como ofrecer plegarias a Artemisa, Latona, Deméter, Perséfone y Plutón. Todo lo que recordaba de mi juventud clásica acudió a mis labios mientras los horrores de la situación provocaban en mi interior toda clase de supersticiones. Sentí que había sido testigo de la muerte de todo un pueblo, y supe que estaba solo en el castillo con Denys Barry, cuya

imprudencia había atraído una maldición. Al pensar en él nuevos terrores me agitaron, y caí al suelo; no desmayado, pero físicamente inútil. Entonces sentí la helada ráfaga desde la ventana del este, donde se había levantado la luna, y empecé a oír los gritos en el piso inferior del castillo. Pronto esos gritos alcanzaron una magnitud y características que no se pueden describir, y que me hacen desfallecer cuando pienso en ellos. Todo lo que puedo decir es que procedían de algo a lo que yo había conocido como un amigo.

En algún momento de ese horrible período, el frío viento y los gritos debieron despertarme, pues mi siguiente impresión es la de correr alocadamente por habitaciones y pasillos a oscuras, y cruzar el patio para hundirme en la espantosa noche. Me encontraron al amanecer vagando sin sentido cerca de Ballylough, pero lo que me desequilibró completamente no fueron los horrores que había visto u oído con anterioridad. Lo que murmuraba al salir lentamente de las sombras era un par de hechos fantásticos que ocurrieron durante mi huida: incidentes de escasa importancia, pero que me persiguen continuamente cuando estoy solo en ciertos lugares pantanosos o a la luz de la luna.

Mientras huía de aquel castillo maldito por el borde del pantano, escuché un nuevo sonido: normal, aunque distinto de los que había oído hasta entonces en Kilderry. Las aguas estancadas, últimamente desprovistas por completo de vida animal, ahora rebosaban con una multitud de enormes y viscosas ranas que croaban estridentemente y sin cesar con tonos

curiosamente desproporcionados a su tamaño. Relucían, hinchadas y verdes, a la luz de la luna, y parecían contemplar la fuente de luz. Seguí la mirada de una rana muy gorda y fea, y vi la segunda de las cosas que me hicieron perder el juicio.

Extendiéndose directamente desde las extrañas y antiguas ruinas del islote hasta la luna en cuarto creciente, mis ojos parecieron distinguir un rayo de débil y oscilante fulgor que no producía ningún reflejo sobre las aguas del pantano. Y, por encima de ese pálido recorrido, mi enfebrecida imaginación dibujó una delgada sombra que se retorció lentamente; una sombra contorsionada y vaga que se agitaba como si estuviera siendo tironeada por demonios invisibles. Trastornado como estaba, vi en esa horrible sombra un parecido monstruoso —una nauseabunda e increíble caricatura—, una efigie blasfema del que había sido Denys Barry.

H. P. Lovecraft